

Octubre 8

Grau entró en la noche del 7 de octubre a la bahía de Antofagasta, dejando a la *Unión* fuera del puerto, en observación, mientras él reconocía los buques fondeados en la rada, con la esperanza de encontrar alguno de los nuestros y aplicarle torpedos. Permaneció cerca de dos horas y después continuó al Norte con la *Unión*.

A poco andar los vigías dieron simultáneamente la alarma en los dos

(7) El telegrama de observaciones de Latorre y la respuesta de Sotomayor están publicados en la *Colección* de Ahumada Moreno, tomo 1º, pág. 577.

campos. Los centinelas de Riveros avisaron que se percibían dos humos, y lo mismo dijeron los de las naves peruanas. En el primer momento Grau creyó que pudieran ser transportes y se acercó a reconocerlos, pero al ver que fijaban el derrotero en su dirección sospechó la realidad y se alejó.

A las 4 A. M. Se reconoce al enemigo

Eran entre las 3 y 4 de la mañana. A cada momento se afianzaba en ambos campos la convicción de que los buques eran enemigos. Los albores del amanecer disiparon toda duda. Riveros vió que las naves que corrían delante de él tenían las características que le había comunicado el día anterior el Ministro Sotomayor: el *Huáscar* pintado de plomo, color de mar, sin falcas, con sus cofas blindadas, apenas perceptible sobre la línea de agua; la *Unión* del mismo color, envuelta en cadenas a manera de blindaje, y con sus cofas también blindadas. No había duda, eran ellos, los buques que habían recorrido impunemente nuestras costas mientras la Escuadra chilena estaba enclavada delante de Iquique, o con sus calderas obstruidas. Un ¡hurra! resonó a bordo de nuestras naves y la persecución se inició.

Toda duda había desaparecido también para Grau, pero confiaba en el andar del *Huáscar* y en su fortuna, que tantas veces le había proporcionado el medio de escapar en lances iguales. Pudo creer que éste sería uno más: un laurel más en la ruidosa celebridad de su carrera.

García y García, Comandante de la *Unión*, que tenía plena confianza de escapar a cualquiera persecución, pues su buque andaba trece millas por hora, maniobraba para colocarse como cebo delante de Riveros y desviar así la atención del *Huáscar* que, momento a momento, se alejaba de nuestro blindado.

7.30 A. M. El Huáscar se ve rodeado

Esta situación se mantuvo hasta las 7.30 A. M., hora en que los vigías peruanos gritaron que se veían al Norte, uno, dos, tres humos que se aproximaban en veloz carrera a la playa, en dirección vertical al rumbo que ellos llevaban. Era Latorre, el audaz y formidable jefe que se presentaba en la hora de la esperanza para Grau como la sombra del desastre.

Latorre había permanecido esa noche en crucero frente a Mejillones ocupando el centro de su línea; la *O'Higgins* y el *Loa* sus alas. La distancia inicial de ella era a 20 kilómetros, menos que más, de la costa. El que dió aviso que se divisaban humos al Sur fué el *Loa*. Cuando se vieron ya claramente los buques enemigos, Latorre ordenó por señales a Montt y a Molinas que saliesen en persecución de la *Unión* la "infidel consorte" del *Huáscar* como la llama Vicuña Mackenna, la que manifiestamente se apartaba de él con rumbo al Norte, con un andar de 13 y hasta de 14 millas por hora. Mientras tanto él, Latorre, enfrente ya del enemigo que había tenido tan cerca en Iquique, corría valientemente con rumbo fijo a la costa a cortarle el paso. El *Huáscar* navegaba en esa dirección con todo el poder de su máquina.

Grau se había metido temerariamente en el peligro. Es probable que en el primer momento no se diera cuenta de su gravedad, creyendo que sólo tenía delante de sí al *Blanco* cuyo andar era de 8 a 9 millas por hora, es decir una y media a dos menos que el *Huáscar*. Si hubiese comprendido que en el camino de su derrotero al Norte lo aguardaba el *Cochrane*, antes de ser visto por éste habría podido burlar la persecución, poniendo su proa mar afuera hasta dejar el *Blanco* perdido de vista y llegar por cuarta o quinta vez en triunfal carrera a Arica, y aun ahora mismo cuando ya sus vigías le anunciaron tres humos a la

vista, todavía le era posible inclinarse al Oeste, separado como estaba del *Cochrane* por una distancia no menor de 8.000 metros que a éste no era fácil suprimir desde que el andar de ambos no tenía una diferencia mayor de $1\frac{1}{2}$ a $3\frac{1}{4}$ de milla por hora. Lanzado ya en la fatal y vertiginosa carrera pegado a la costa, el momento de huir había pasado, pero en cambio le quedaba una operación digna de alto renombre: embestir al *Cochrane* con el espolón para disminuir la desequivalencia del material, pues si ese elemento de combate no igualaba los buques, en cierto modo los equilibraba, y le proporcionaba, en último caso, el prestigio de una hazaña que habría dado un día de gloria a la marina del Perú.

El Huáscar huyendo al Norte rompe los fuegos

Grau no intentó ese grande y salvador recurso, sino que fiando en su excelente máquina seguía deslizándose como una sombra por la línea de la costa, cuando el *Cochrane* le salía de atravesado para cruzarle el camino. Acortada la

distancia a 3.000 metros el *Huáscar* rompió los fuegos, con sus piezas de a 300, con excelentes punterías. La primera andanada de la torre, pasó por encima de la chimenea del *Cochrane* sin tocarlo; un cañonazo de la segunda dió en el pescante de proa que sirve para levantar el ancla, el que en términos marineros se llama "pescante del pescador". El tercero rasmilló el blindaje de la batería produciendo una gran conmoción en la nave. La máquina despidió un chorro de vapor, y Latorre que hasta ese momento permanecía en el puente sin hacer caso de los disparos, ordenando acortar la distancia, y no contestar para no perder tiempo, creyó que ese cañonazo le había destrozado la máquina, y que necesitaba apurarse y disparar antes que el enemigo le ganase mayor espacio. Por este temor cambió de táctica y rompió los fuegos. Eran las 9.40 A. M.; la distancia 2.000 a 2.200 metros.

Según las versiones peruanas el primer cañonazo de los diestros artilleros chilenos dió en la torre de combate, destrozando 12 hombres. El segundo cortó el guardián o cadena que da dirección al timón, dejando el buque sin gobierno durante un momento, mientras el personal arreglaba la rueda de repuesto que había cerca o en la cámara del Comandante; el tercero o cuarto disparo dió en la torre de mando pulverizando a Grau y matando por efecto de la conmoción a su ayudante don Diego Ferré que estaba en un compartimento bajo desde donde aquél le transmitía sus órdenes a través de una reja de madera situada a sus pies. El efecto del proyectil en el cuerpo de Grau fué espan-

tosito. Literalmente voló hecho pedazos no quedando en

Muerte de Grau

aquel sitio del infortunado y glorioso marino sino un pie, y los dientes incrustados en el forro de madera de ese compartimento. Ese disparo y otro más que recibió la torre de mando destrozaron el telégrafo de la máquina, y la rueda de gobierno de la embarcación. Si pudiera aceptarse que un artillero diestro pone el proyectil donde quiere, diríase que esta vez los del *Cochrane* estaban destruyendo metódicamente los elementos directivos del enemigo; el Comandante, los telégrafos, la rueda de combate, los guardianes del timón, sin herir el buque en su parte vital, dejándole intactos sus organismos fundamentales. Esta era la situación del *Huáscar* media hora después de empeñada la lucha.

Sus tiros habían perdido la seguridad de los primeros momentos. Se dijo entonces que los artilleros ingleses se desconcertaron al ver la seguridad con que Latorre soportó sus disparos sin responder, al principio de la acción.

Bien puede haber influido esa circunstancia ya que la victoria en realidad no es otra cosa que dominar la moral del adversario, y también que esos artilleros hubieran sufrido los terribles efectos de las granadas Pelliser y Shrapnell que sembraban la muerte en el monitor. Sea una u otra la causa es lo cierto que los tiros peruanos eran menos certeros ahora que se había acortado la distancia.

La destrucción de los aparatos de gobierno privó de dirección al barco enemigo. El *Huáscar* tenía una pequeña torcedura en el espolón, que inclinaba su rumbo a la derecha, cuando los aparatos directivos no desarrollaban toda su eficacia. No sabría asegurar si era un defecto orgánico de construcción o imperfecto causado por sus operaciones navales antes de la campaña actual o en ella.

"Por experiencia propia dice el Almirante Uribe, conocemos la imposibilidad absoluta que existe de poder mantener al *Huáscar* a rumbo fijo cuando, navegando a toda fuerza de máquina, se le gobierna con los aparejos de repuesto o provisionales. Sólo por momentos, siempre caprichosos y nunca a voluntad, se consigue mantener a veces con semejante gobierno la proa derecha a un rumbo". (8).

La situación del *Huáscar* era esa después de la destrucción de su rueda de gobierno, de los guardines del timón y de los telégrafos de la máquina. Había perdido la dirección y estaba sujeto a ese defecto que lo arrastraba a la

*Latorre procura
espolonearlo*

derecha. Viéndolo girar en esa forma Latorre interpretó el movimiento como si fuera para vararse o agredirlo con el espolón, y, acto continuo, con la resuelta entereza propia de este eminente jefe, le arremetió valientemente para herirlo en la misma forma, pero erró el golpe y el monitor pasó a menos de doscientos metros de su quilla presentándole como blanco la aleta sobre la cual disparó por banda el *Cochrane*, haciéndole un terrible efecto con sus granadas. El *Huáscar* que ya había conseguido restablecer su gobierno, puso proa al Norte seguido de cerca por su implacable contrario.

Cuando ocurría esto, el combate duraba cerca de una hora. La tripulación estaba desmoralizada. Dos marineros subieron a cubierta y arriaron el estandarte que flameaba en el pico de mesana. Latorre gritó a sus artilleros: *¡suspender los fuegos!* Pero casi instantáneamente, con diferencia de minuto y medio a dos minutos, se vió salir de la torre de combate un oficial e izar con sus manos la insignia que se acababa de bajar. Entre los oficiales que cayeron prisioneros uno fué el teniente don Enrique Palacios, y la tripulación del *Cochrane* creyó reconocer en él al que había levantado la bandera, lo que hizo que la oficialidad chilena honrase especialmente a ese valeroso joven que tenía 19 heridas cuando el *Huáscar* se rindió definitivamente. Se le dió el camarote del 2º Comandante del *Cochrane* y se le rodeó de consideraciones.

*Muerte de los jefes
del Huáscar*

No es extraño que tal cosa sucediera a bordo del *Huáscar* porque la muerte se había cebado en las cabezas y propiamente la tripulación carecía de jefes. Después de la muerte de Grau correspondió el mando al Capitán don Elías Aguirre, quien, no pudiendo ocupar la torre de mando por estar destrozada, se trasladó a la de combate desde donde dirigía la maniobra. Allí lo alcanzó un proyectil que lo hizo pedazos. Tomó el puesto vacante el oficial de más graduación, el Capitán don

(8) Obra citada, *Los Combates navales en la Guerra del Pacífico*. 1886.

Melitón Carvajal y un casco de granada lo hirió gravemente y fué conducido a la enfermería. A Carvajal sucedió el teniente don Pedro Garezón. Es imposible que una tripulación mezclada como era la del *Huáscar* en que el 15 por ciento a lo menos se componía de extranjeros tuviese esa unidad granítica que se traduce en el heroísmo por el deber y en el sacrificio por la Patria.

El *Huáscar* que seguía corriendo con rumbo al Norte cañoneado por el *Cochrane*, volvió a repetir ese movimiento semigiratorio, que había estado a punto de producir un encuentro al espolón un momento antes. Latorre atribuyéndolo al mismo propósito se preparó para embestirle como la vez anterior, pero en ese instante llegaba el *Blanco* al sitio del combate, y Riveros, ansioso de tomar parte en él, quiso efectuar por el opuesto lado el movimiento de embestida con el ariete que se preparaba a ejecutar el *Cochrane*, de tal manera que el impetuoso Comandante en Jefe se interpuso entre éste y el enemigo viéndose obligados los blindados chilenos a efectuar una evolución giratoria en sentido contrario para no chocarse la que dió tiempo al *Huáscar* de alejarse de 200 metros a que se encontraba entonces, a 1.200. Vueltos los blindados a su común derrotero, o sea, a la estela del *Huáscar* lo persiguieron de cerca, batiéndolo los dos a la vez. El monitor no pudo resistir más. El *Cochrane* navegaba tan cerca de su aleta de estribor que se oían los gritos de la marinería que decían: ¡estamos rendidos! Latorre les ordenó parar la máquina y obedecieron. El pabellón se arrió. Inmediatamente se echaron botes al agua. El primero fué

Se arría definitivamente el estandarte y el buque se rinde

del *Cochrane* tripulado por algunos soldados para tomar posesión de la embarcación rendida, con maquinistas, médico, capellán, etc. Lo mandaba el teniente don Juan Simpson. Luego salió otro del mismo *Cochrane* mandado por el

teniente Serrano Montaner, y uno del *Blanco* tripulado por el mayor de órdenes del Almirante capitán Castillo y el capitán Peña designado por Riveros para mandar el buque apresado.

La defensa del *Huáscar* fué valiente, y si bien la tripulación no conservó la tranquilidad y entereza que permite aplicar a su defensa un calificativo más culminante, hay que tomar en cuenta la superioridad del adversario, el efecto espantoso de las granadas de nueva invención, la gloriosa hecatombe de los comandantes, y su composición de hombres de diversas razas y nacionalidades. En realidad el combate era desigual por la diferencia de blindaje, que el *Huáscar* no podía compensar sino, con el espolón, o sacrificándose hasta acercarse tanto al enemigo que sus proyectiles lanzados de muy cerca pudieran perforar su coraza. Cuando el *Blanco* llegó a ponerse a tiro y cuando en su postrer carrera lo cañoneaba éste y el *Cochrane* de cerca, toda resistencia era imposible.

He interpretado los movimientos giratorios del *Huáscar* como debidos a un defecto de la nave y a la pérdida de sus elementos de gobierno, siguiendo en esto la opinión manifestada por el Almirante Uribe, la que se funda en la experiencia que la oficialidad chilena adquirió después, teniendo que gobernar ese buque, sin que esto importe desmedro del mérito y valor de los oficiales peruanos, desde que ese inconveniente era superior a sus recursos y a sus medios de acción. No estaba en sus manos impedir que el *Huáscar* girara si no podían dirigirlo, y al contrario es un mérito que redunde en honor de ellos el haber prolongado la lucha y la resistencia a pesar de tan grave inconveniente.

Cuando los tripulantes del primer bote del *Cochrane* llegaron a bordo del *Huáscar* lo encontraron con cuatro pies de agua porque los ingenieros in-

gleses habían recibido orden de hundirlo, lo que ejecutaban a medias, dejando subir el agua un poco, lo suficiente para no desobedecer sin cumplirla enteramente, y así fué que tan luego como se les mandó cerrar las válvulas procedieron a hacerlo en el acto. Los oficiales fueron trasladados a los buques vencedores. Se apagó el incendio que aun ardía en algunos compartimentos de la embarcación, se achicaron bombas para expeler el agua, se recogieron los cadáveres, se buscaron con solícito respeto los restos de su glorioso primer jefe, y en seguida el buque navegó en convoy con los vencedores hacia Mejillones, donde los escasos habitantes de esa pequeña población que habían presenciado desde los cerros el terrible combate, los aguardaban con el entusiasmo delirante que experimentó el país entero por este hecho de armas que le abría las puertas del Perú.

*Perjuicios sufridos
por los combatientes*

Los perjuicios sufridos por el *Huáscar* fueron muy superiores a los que irrogó a sus contrarios. El *Blanco* no sufrió nada. "No tuvo, dice el Comandante en Jefe, ni pérdida ni deterioro alguno". El *Cochrane* experimentó diez bajas en el personal: 9 heridos graves y un muerto. Los tiros del *Huáscar* pasaron por lo general por alto. Acertó al *Cochrane* cinco disparos como ya lo he dicho; uno en el blindaje exterior que aflojó los pernos de una plancha; otro que entró por la derecha del casco y salió por el lado opuesto destrozando el camarote del comandante y otras dependencias; el tercero en la proa, que se introdujo en el casco; el cuarto rasmilló la coraza cerca de la línea de flotación, y el último azotó el costado izquierdo del blindado. El *Huáscar* recibió en su casco y torre once tiros de 250 fuera de muchos otros que tocaron las partes altas del buque. Los pescantes fueron destrozados. La chimenea quedó horadada en muchas partes; la cureña de uno de los cañones de la torre fué averiada; los guardines de el timón cortados; una inmensa destrucción de muebles y mamparas en los camarotes, hospital, etc.; un cañón de a 12 de cubierta cortado en su caña.

Los muertos del *Huáscar* fueron tres oficiales. La tripulación se componía de 200 hombres. De éstos muchos eran extranjeros, predominando en ellos los ingleses.

La víctima más ilustre del combate fué el Almirante Grau. Entre los heridos el teniente Palacios.